Aquella muchacha sentada en el suelo a los pies de la cama me inquietó. Con la barbilla hundida en el pecho ocultaba su rostro al mismo tiempo que con el brazo izquierdo intentaba cubrir la desnudez de su entrepierna. Transmitía soledad y desaliento; me pareció estar contemplando la imagen de un presentimiento.

**¿Cómo** eres capaz de pintar un cuadro como ése desde la penumbra? los colores desaparecen y jamás divisas el horizonte. Esa fue la sensación que tuve al traspasar la puerta de tu sótano-estudio por primera vez.

Tres semanas antes no tenía ni idea de quién eras ni a qué te dedicabas. Tu nombre no aparecía en el censo de artistas con futuro que manejamos los marchantes. Al asistir a una de las múltiples exposiciones colectivas que, más por compromiso con los galeristas que por verdadero interés artístico suelo frecuentar, me llamó la atención el corrillo de invitados que se arremolinaban frente a tu cuadro. Los catálogos de la exposición, enrollados sobre sí mismos, servían de improvisados punteros en las manos de aquellos que trataban de explicar el mérito de tu obra. Escuché alabanzas y dudas condescendientes pero aquel cuadro tuyo no dejó indiferente a nadie. Mientras se servía el cóctel de bienvenida, aproveché para quedarme a solas delante de la protagonista de tu cuadro a la que la suerte y la esperanza parecían haber abandonado. Instintivamente miré hacia la mesas donde descansaban los montoncitos de pequeños catálogos apilados entre copas de vino y platos de canapés y frutos secos. Allí busque el nombre del autor de la obra catalogada con el número treinta y uno. Título: Desolación. Autor: Alberto P... Me dirigí hacia el grupo de invitados en el que se encontraba la galerista,

2

Teresa, una vieja solterona amiga de mi madre por la que hacía tiempo que yo había perdido el respeto profesional. Acepté con impaciencia las bromas y comentarios con los que , aquel grupo de aficionados, pasaban el rato mientras se tomaban una copa de vino a la salud de quién sabe quién. Con simulado interés pedí a la anfitriona que me presentase a los artistas que exponían. Disculpándose, ante los demás invitados, me cogió del brazo y recorrimos los diversos grupos dando besos y apretones de manos a una pléyade de artistas jovencitos que depositaron sus ilusiones en un falso interés de mi persona hacía su obra. Ninguno me fue presentado con el nombre de Alberto. Con una impaciencia que, ya se me hacía difícil disimular, le pregunté a la amiga de mi madre por el autor del cuadro que señalé con mis gafas de sol en la mano.

¡te refieres a Alberto P...! ¡Vaya, eres la segunda que hoy se interesa por él! Es un chico encantador, pero demasiado joven para ti!me contestó con una sonrisita burlona de tía solterona!. Un poco desastrado. Ni en lo personal ni en lo artístico creo que te interese. Disculpó su ausencia, creo que tenía entradas para un concierto o para el teatro, no sé. Mañana me prometió que se pasaría por aquí.

¿precio tiene el cuadro?! pregunté a la vez que volví a cubrirme la cara con las gafas de sol.

¡Caramba Cristinita me sorprende tu interés! pero el cuadro no está en venta. Alberto es muy majo pero un poco introvertido. Creo que está convencido de su talento, yo también, y con el tiempo hemos decidido organizar una exposición individual. Por ahora se resiste a que sus obras entren en los círculos comerciales. Aún debe perfeccionar algunos aspectos, y sobre todo, mejorar su don de gentes.

3

¿concertarme una reunión con él? Me interesa ese cuadro.

Lo intentaré, pero no te prometo nada. Por cierto, esas gafas de sol te sientan muy bien, un poco grandes pero te sientan bien. Ten cuidado no te vayas a tropezar, la sala hoy se encuentra poco iluminada; ya sabes, cosa de los decoradores modernos.

Durante la siguiente media hora busqué cualquier excusa para abandonar las conversaciones y volver a dirigir la mirada hacia la mujer del cuadro que parecía haber renunciado a todo. A mis treinta y cinco años y, tras diez visitando las más famosas galerías de arte del mundo, he conseguido adivinar en los trazos de las obras el verdadero valor creativo. Nada me estimula tanto como el descubrimiento de un desconocido y prometedor artista. A veces en el desescombro de lo vulgar aparece la exquisitez de la belleza. En aquel momento decidí que ese cuadro y la carrera de su autor no tardarían en formar parte de mi patrimonio.